

cursos muy bien aprovechados por el autor. Orientado hacia un público escolar, el libro tiene sus limitaciones, claramente delineadas por su intención didáctica; pero los jóvenes estudiantes que allí nos conozcan por vez primera recibirán una imagen justa de lo que somos. Y en vista del enfoque metodológico, que se presta para toda clase de trabajos posteriores, estimamos conveniente su traducción. Este libro, escrito sin pretensiones, pero con el ánimo de enseñar y entretener, bien podría servir como fuente de inspiración para más de algún pedagogo progresista.

ARTURO TIENKEN

<https://doi.org/10.29393/At418-137MCRS10137>

*El Modernismo en Chile y en Hispanoamérica*, de MARIO RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ. Santiago de Chile, 1967.

Es posible que, con el tiempo, al ajustar el balance bibliográfico de los ecos despertados por el centenario de Rubén Darío, Chile quede en buena situación, por el número de las contribuciones hasta hoy conocidas. Si se trata de calidad, uno de los puestos de primacía ha de corresponder, acaso, al estudio de don Mario Rodríguez Fernández, acogido en las series del Instituto de Literatura Chilena. A primera vista puede uno preguntarse: Bien, ¿pero no quedamos en que Darío era nicaragüense? Claro que sí, nació en Nicaragua, pero vivió en muchas otras naciones, y en Chile, concretamente, publicó el libro *Azul*, para cierta crítica el primero de corte modernista que se logró editar en parte alguna, compuesto además con poemas y cuentos escritos sólo en Chile. Dicho de otra laya: si en la historia literaria de Chile no podrá omitirse la mención de Rubén Darío, en la historia del Modernismo no podría legítimamente borrarse el nombre de Chile.

El primer tema que inquieta al autor es el de la imprecisión del término Modernismo (p. 15), empleado sin detenernos demasiado en sus implicaciones. Para esto establece una historia del término (pp. 18-20) con fechas desde 1888 hasta 1900. El lector discreto ha de imaginar que el término ha seguido en uso, siendo las menciones de hasta 1900 las que interesan de modo especial al tratadista, para fijar los instantes en que la querella en torno al Modernismo se enardece y de ello se obtienen precisiones útiles. Una de las mejores, en nuestro modesto entender, es la de 1894, conforme la definición de Darío Herrera (p. 19).

Sigue el autor en busca de una definición, y parece haberla logrado a las alturas de la p. 31, donde escribe: "Nos hemos enfrentado a la crítica del Modernismo con un ánimo positivo. El examen de ella se hizo en la medida que nos permitió ver, en cierta manera, los rasgos básicos de esta tendencia literaria. ¿Cuáles son estos rasgos según el consenso crítico? En primer término, el acoger todas las tendencias literarias, tanto las de vigencia inmediata y las coetáneas, como las proporcionadas por la más extensa tradición poética, aunque ellas se ofrezcan tan opuestas como

parnasianismo, naturalismo, simbolismo, realismo, romanticismo, etc. En seguida, la presentación de una ambivalencia básica —evasión y arraigo— y, finalmente, una voluntad de estilo tan considerable, que permitía relacionar estratos tan disímiles como los arriba expuestos”, y finalmente añade: “¿Qué es para nosotros el Modernismo? El Modernismo es la expresión de una sensibilidad generacional” (p. 32).

Si se nos permite argüir algo, esta vez habríamos de disentir un tanto de lo aseverado por el señor Rodríguez, pues todo movimiento literario registrado en cualquier fragmento de la historia implica la manifestación de una sensibilidad generacional. No siempre se habrán llamado así las cosas, pero el hecho sigue en pie. Aire del tiempo, ambiente de la época, fin de siglo, gusto de tal o cual año, etc., son fórmulas para decir lo mismo, esto es, *sensibilidad generacional*, entendiendo que toca a una determinada generación, en el Modernismo, llevar a la práctica los requisitos íntimos planteados al artista.

En seguida el señor Rodríguez pasa a estudiar, en pormenor, algunos de los motivos que divisa en el Modernismo: la poesía rechazada en el mundo (p. 39), la divinización del poeta (p. 48), la tristeza inmortal de ser divino (p. 54), la belleza de la medusa (p. 99), el amor sacrílego (p. 101), el abismo del yo (p. 120), etc. Una discusión de la propiedad de estas denominaciones nos llevaría muy lejos. Aun cuando habremos de omitirla en obsequio a la brevedad, se nos permitirá decir que algunos de esos nombres nos parecen algo vagos o demasiado generales para el intento que ha movido la pluma del autor: precisar qué es el Modernismo y diseñar cuáles son sus rasgos efectivos, a la luz de copiosa información. Y, a propósito, aceptando desde luego que esa información es muy abundante y generosa, podría lamentarse la falta de una bibliografía en donde se nos pusiera de resalto cuáles autoridades ha manejado el autor en su prolija búsqueda.

Pasa después el autor a tratar de los modernistas chilenos, de quienes intenta enumeraciones (pp. 129 y 135), para estudiar luego, monográficamente, a Antonio Bórquez Solar (p. 138), Horacio Olivos y Carrasco (p. 146), Gustavo Valledor Sánchez (p. 150), Julio Vicuña Cifuentes (p. 153) y Augusto Winter (p. 157), con algunos menores entre quienes descuella Abelardo Varela (p. 159). El libro finaliza con una especie de antología de aquellos autores y de otros, distribuida conforme estos conceptos: la divinización del poeta (p. 165), la belleza de la medusa (p. 170), la belleza de Satanás (p. 187), el amor sacrílego (p. 197), el amor y la muerte (p. 207), el amor del dios (p. 214), hay en mí un griego antiguo (p. 221), elogio de la patria (p. 229), el abismo del yo (p. 240), motivos místicos (p. 245), y la explotación social (p. 251).

Y al presentar esta parte final de su estudio, esto es, la antología de modernistas chilenos, el autor dice: “...Esta selección ordenada por motivos, entrega, a nuestro juicio, con claridad suma, los rasgos propios del Modernismo chileno. Se evidencian a través de ella dos rasgos funda-

mentales de la sensibilidad generacional de estos poetas: a) un predominio considerable de los motivos de la Agonía Romántica (que se hace abrumador en los poetas menores que incluimos: Ricardo Fernández Montalva, Abelardo Varela, Zoilo Escobar, etc.), y b) la falta de preocupación por el destino histórico-político de América, tan importante en Darío —*¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?*— y en otros” (p. 161).

Pero ¿es legítimo hablar de Modernismo chileno? Porque si lo es, habrá también modernismo mexicano, cubano, argentino, etc., y el estudio del Modernismo se complicará con las imbricaciones consiguientes, todo ello, naturalmente, en cierta oposición íntima con formulaciones anteriores del propio autor, cuando habla, por ejemplo, de sensibilidad generacional y del amor sincrético a escuelas y tendencias que manifestó el modernista, al “acoger todas las tendencias literarias” (p. 31), tal como recordamos antes. Entiéndase bien que nosotros no desautorizamos la visión que nos ofrece el señor Rodríguez en este trabajo, pero se nos ocurre verle discurrir en dos planos diferentes: uno, el nivel americano o continental, en donde los motivos señalados como propios del Modernismo son en algún grado comunes a todos los escritores de la época, si querían ser modernistas (porque algunos no lo quisieron); y otro, el nivel chileno, o nacional. Y se nos ocurre, además, que la mezcla de estos dos niveles produce una especie de resquebrajadura interna en su libro, de la cual resultaría posible contemplarle no como estatua unifronte sino como un cuerpo poliédrico formado de varias faces.

Vamos más lejos. No es desventajoso para un libro ofrecer diversas formas de un mismo tema, a ver si la aquiescencia del lector, al prenderse a una, logra simpatizar con el asunto aun a riesgo de aminorar sus alcances. Pero en este caso concreto, el libro parece logrado en dos momentos o instancias diferentes y sucesivas, y unido después, por comodidad editorial o por cualquier otro motivo en un todo, a despecho de las necesidades obvias del examen. Y si de elegir se trata, entenderíamos que las dos partes son igualmente claras, luminosas y perspicuas, y que la segunda (es decir, el estudio y la antología de los modernistas chilenos), es, además, esencialmente útil, pues en ella vemos por primera vez logrado el intento de forjar una selección de la obra de aquellos autores. A los cuales, dicho sea de paso, no se les había aislado como hace el señor Rodríguez, sino hasta hoy presentado en bloque, a saber: modernistas y no modernistas. En el libro que estamos comentando se echan las bases, según nuestro muy modesto criterio, de una antología del Modernismo chileno que sería en cualquier fecha próxima fructuoso intentar.

Para lograrlo tenemos ya, entre otros menores, dos textos de singular importancia: *Modernismo in Chilean Literature*, por John M. Fein (Duke University Press, 1965), y este libro de don Mario Rodríguez Fernández. No nos jactamos de haber agotado su contenido, pero sí quisiéramos tener el privilegio de llamar la atención sobre algunos de sus rasgos principales,

a fin de que los compulsen, examinen y ponderen los estudiosos y eruditos a quienes parece principalmente dirigido.

RAÚL SILVA CASTRO

*La juventud de un mundo en crisis*, de ARTURO PIGA. Editorial Universitaria, 1966.

Pocos temas de mayor actualidad y trascendencia que el desempeño de la juventud en nuestros días, que por sus caracteres externos produce no poca alarma. Las nuevas generaciones siempre han tenido actitudes de sana rebeldía para con las mayores, pero en el último tiempo sus actuaciones sociales han adoptado cursos tan perniciosos, que el fenómeno experimenta un cambio notorio: no es el mismo panorama el de hoy que el de ayer; existen otros factores en juego, modificatorios de su actividad en términos tales que abren un interrogante desalentador.

El catedrático y escritor Arturo Piga ofrece su libro *La juventud de un mundo en crisis*, pues, en momentos muy oportunos; es de sobra conocida su experiencia docente de varios lustros, durante los cuales ha enseñado temas afines a los abordados en su meritoria y caudalosa obra. El señor Piga es voz autorizada, habiéndose preocupado más de señalar problemas que de buscarles solución, lo que impide conocer la magnitud de su criterio práctico, que de correr a parejas con el de exposición y análisis teóricos, sería digno del mayor encomio.

Hacíamos referencia a ciertos factores de inequívoco influjo en la formación del carácter de la juventud, que el profesor Piga examina en el capítulo primero de su obra, denominándolos instrumentos técnico-culturales.

Primeramente subraya el hecho que la juventud está abocada a un clima sofocante y aniquilador. Dos guerras mundiales, la última epilogada por la bomba de Hiroshima, antecedieron a un enfrentamiento tanto bélico como ideológico de dos doctrinas que combaten por el predominio mundial. Fuerza adoptar un criterio definitorio y la juventud, a menudo sin contar con el respaldo de la meditación y el estudio, se ha visto lanzada a un mundo enardecido por estridentes slogans, negadores de la espiritualidad y la cultura. Un gran sector abraza el ideario democrático, más que nada por estar incorporado a un medio que lo adopta en alguna de sus varias formas y matices, antes que por una elección concienzuda y responsable. Acotemos que la postura democrática está siendo corroída, con frecuencia, por el espíritu totalitario de grupos que sintiéndose dueños del poder, no trepidan en abolir derechos constitucionales, perseguir las expresiones libres de los discrepantes y declarar obsoleto todo un estado de cosas, propiciando sus sustitución radical y violenta.